

Dirección:
Caballeros, 13

Colaboradores
los que solicite el director

Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN
Un mes. . . . 0,25 pts.
Redacción y Admón.
San Gil, 1

RAPIDA

ATARDECERES

Era una espléndida tarde. Caminaba yo, sin rumbo fijo, por una de las fértiles vegas de la ciudad de X. cuando de improviso me encontré ante un magnífico y suntuoso palacio. Contemplé algunos minutos la majestuosidad y grandeza de aquel edificio que, al parecer, había sido albergue de encumbrados personajes; mas al lado de aquella grandeza, veíase un gran descuido: las puertas cubiertas de polvo y los jardines mustios y marchitos, sólo descuido atestiguaban.

Medité un momento sobre esto, y continuando mi paseo, me alejé.

No llevaría recorridos veinte metros, cuando acertó a pasar un viejo de por aquellos lugares; me saludó, y yo, llevado de la curiosidad, al mismo tiempo que le volví el saludo, le pregunté:

—¿Sabe Ud. y quiere decirme a quién pertenece ese palacio?

Un poco tardó en responderme; mas al cabo, dijo:

—Sí, señor, y más vale que no lo supiera.

Aquellas palabras redoblaron mi pujante curiosidad, y le pregunté nuevamente:

—¿Es que ese palacio tiene para usted recuerdos tristes?

—Sí, señor—me dijo—. muy tristes; en su interior tuvo lugar un drama, del que fueron, sin querer, protagonistas los marqueses de Z.

—¿Y tendría algún inconveniente—me atreví a decirle—en contarme ese drama?

Quedóse un tanto perplejo con mi pregunta; me pareció que innúmeras ideas y maquinaciones se ceñían en su mente; él debió comprender que la curiosidad era la que me había guiado, y al fin dijo:

—Pues verá Ud. Corría el año 1855, en el cual, el primogénito de los marqueses de Z contrajo matrimonio en la Corte. Todos estos campos y el edificio que tanto le ha llamado la atención, pertenecían a los padres, pero murieron éstos y le correspondió por herencia al hijo. Como ya le he dicho, éste se casó, y aquí se trasladaron los cónyuges para gozar de las delicias y frescura de estos parajes. Yo era un criado antiguo de la casa, y los marqueses me querían mucho, cariño que yo les tenía a ellos todavía mayor, pues lo mismo él que ella eran muy buenos; nunca hubo entre ellos ningún disgusto, como tampoco nunca llegaron a regañar a un criado; sí, señor, créame, eran muy

Al llegar aquí, unas lágrimas salieron de sus ojos, hizo una pequeña pausa mientras encendíamos sendos cigarros y prosiguió:

—Por no hacer largo mi relato le dire a Ud. lo más interesante. No llevaríamos un mes aquí, cuando un día ¡Oh fatal día! nos levantamos los criados y advertimos que, contra su costumbre, los señores tardaban en salir, mas tanta era su tardanza que uno de los criados hubo de llamar a la puerta y como viera que nadie respondía, nos dió cuenta a todos los de la casa.

La indecisión era con nosotros, no sabíamos qué resolución tomar hasta que ya resolvimos abrir la puerta, así lo hicimos, pero pásmese Ud.: abrir la puerta y proferir todos un grito de terror, todo fué la misma cosa.

—¿Pues qué era ello?—le pregunté.

—Que habían asesinado a los señores y yacían en el suelo en medio de un charco de sangre, horriblemente mutilados y sus rostros contraídos en una mueca de dolor.

—¿Y quiénes fueron los asesinos?

—Desaparecieron sin dejar una sola prueba delatora de su crimen y lo único que pudimos deducir, fué que debieron pasar por la ventana de la habitación, porque la puerta estaba intacta, pero la ventana, que por el jardín daba acceso a la habitación, estaba abierta.

Lleno de estupefacción y sin poder comprender todo aquello, le dije:

—¿Les impondrían un castigo ejemplar a los asesinos?

—No señor, no pudieron dar con ellos; los más inteligentes policías intervinieron en este asunto y no pudieron averiguar quién o quiénes fueron los autores de aquel suceso. Desde aquel día me falta la protección de los señores, y a no ser porque los administradores, en pago de mis servicios, me dieron estas tierras, a estas horas no se ciertamente lo que sería de mí.

Ya el sol tornaba a su ocaso. Me despedí de él prometiéndole volver por allí y me marché vivamente impresionado por el suceso que, de labios de aquel simpático viejo, terminaba de escuchar.

CRUZ M. ESPADA

ÍNTIMAS

Un tributo al recuerdo

A solas con mi alma...

... Hablaba de Amor, de proyectos, de futuras rosadas esperanzas... De pronto, el eco de una voz juvenil se quiebra en mis oídos:

Hidalguis...

Y al rotar la cabeza para responder, un joven vivaracho, moreno y listo, me asalta con simpática vehemencia:

—Unas cuartillas para PLUMAS NOVELES, Hidalguis; muy en breve sale el periódico y queremos insertar algo suyo... Una poesía, una crónica, cualquier cosa... Gracias... Adiós...

Cuando iba a contestarle para hilvanar unas excusas, habíase mi interlocutor esfumado. Desorientéme un poco; pero después, puse atención y lo comprendí todo.

¿A qué negar que me sentí algo débil...? Sí, vacilé un instante; pero algún recuerdo me hizo ver claro y parecióme corto el tiempo para subir a casa y escribir estas líneas. ¡Oh, venturoso hado! Encerrariame a solas con mi alma y reviviría con trémulo respeto mis primeros años de escritor...

... Era yo un niño, algunos trece años. Enredaba de más en casa y jugaba con los de *mi igual*. Pero diz los que me recuerdan, que alguna noche que la luna brillaba esplendente y envidiadora, me quedaba mirándola *embobado*, al par que musitaba una canción... Y mientras algunos camaradas extrañados quedábanse por tal acción, yo, al contemplar un cielo tan inmenso y oscuro y una luna tan clara, tan clara... me sentía poeta... ¡Un pobre poeta de 13 años...!

Sucedió cierta vez que pasó por mi lado una joven tan linda, alucinadora y pizpireta, que hizome temblar cual un azogado. Hoy la hubiera cubierto de mil galanas y exuberantes flores; pero en aquella edad dichosa sólo pudo mi ingenuo amor ofrendarle una mirada cálida y penetrante, al paso que dispararla un «qué bonita!», tras del que se me fué un pedazo de alma. Aquella noche soñé muy bellas cosas. Por la mañana ya me sentí más hombre... más poeta... Y comencé a sufrir...

Entonces ya leía a Zorrilla y a Bécquer, y sentía con las estrofas de Campoamor una singular delectación...

Y mi excitada fantasía de adolescente quiso que yo escribiera... ¡Sería tan bello saber decir las cosas como a veces se sienten...! ¡Se sentiría uno tan dichoso al ver reflejado su corazón en un pedazo de papel...! Y comencé a escribir...

Después llegaron los quebrantos, las decepciones, las tristezas, los desoladores desengaños. Las nacarinas ilusiones truncadas a cercén, se sucedieron cruelmente veloces. Algunas mujeres me quisieron. Yo también las quise. Me inspiraron cálidas rimas y me hicieron pensar.

Llegué a sentir arrollador el vértigo literario. Noches pasaron que mi imaginación desbordábase febrilmente, tejiendo trovas y pensamientos que pasaban luego a tinter el albor de las cuartillas. Comía poco. Soñaba mucho, deliraba hasta el paroxismo, imaginaba enormemente... Y escribía, escribía... No era ya el *sarapíen* clásico de todos los novicios, no; aquello era una calentura morbosa que me embriagaba, que me aniquilaba vorazmente.

Pero yo me sentía crecer en espíritu, y... me consideraba más poeta que nunca...

¿Para qué mentar luego el rosario de contrariedades, de mortificaciones que a todo literato de fe resérvale el destino para juzgarlo? Editores soccos, estólidlos prebostes que pagan con desprecio méritos venerandos, cruzáronse con burda altanería por el espinoso camino del artista.

Y ahora; más piamente, con más aplomo, sin exaltaciones ni impacencias; ahora que escribo y siento y amo mucho, pero con menos fuego; ahora que cuatro libros por mí vividos no tardarán en ver la luz, y que ya no me hace temblar una mujer que cruce... ahora me siento más bajo, más empuqueñecido... ¡menos poeta que nunca...!

Gracias mil por vuestra atención, ¡valerosos adalides de PLUMAS NOVELES.

HIDALGUIS.

CUENTO

Mi amor

La cena tocó a su fin. Al finar ésta, con ella murieron los brindis y el charloteo un tanto picaresco de los comensales invitados a la fiesta de gala de la marquesa de X... El salón fué quedándose poco a poco desierto; todos los concurrentes a dicha fiesta, fuéronse retirando con sus correspondientes parejas, ya a la gran sala de baile o bien a los extensos e iluminados jardines de la casa, quizá por ver si el relente nocturno les despojaba del mareo producido por el vaporoso Champagne o bien para ahogar las penas que atormentan su alma, en la soledad de la noche.

Un joven de elegante porte y vestido con correcta elegancia, sentado indolentemente en uno de los bancos del paseo, hallábase arrobado en profundas meditaciones; de su sereno y noble rostro habíase apoderado la tristeza, mientras que sus negras pupilas vagaban inciertas por el inmenso terreno de su horizonte racional, ora para fijarse en una pareja de enamorados, que felices y en animada conversación atravesaban los paseos o bien en alguna joven frívola y sutil que hastiada de bailar paseaba delante de él y desaparecía en la penumbra que proyectaban los arbustos.

Una linda y gracil mariposa de los salones, una de esas jóvenes bellas y delicadas, fué a su lado posarse, haciéndole con su voz argentada y dulce, volver a la realidad de la vida, diciéndole:

—Andrés, ¿qué le pasa? ¡Oh! ¿qué tiene usted, que en su rostro se retrata una melancólica tristeza?

—¡Ah! ¿es usted Lia? —y con voz velada quizá por la emoción que sentía, prosiguió—no, no tengo nada, tan sólo bajé aquí para tomar un rato el fresco, a ver entre los espirales del humo azulado de mi cigarro, a la reina de la noche que emana sus plateados destellos e ilumina con trémula agitación la nocturna oscuridad.

Y una leve sonrisa, que más sonrisa fué una mueca horrible, salió de sus labios.

—¡Oh, no! —respondió ella— a qué fingir Andrés, a qué querer engañarme a mí que soy su íntima amiga, que le conozco desde pequeño y sobre todo a qué tratar de dar a entender lo que no es cierto cuando en su faz, pintada lleva usted la enseñanza de su dolor (Y con voz queda y armoniosa, añadió): Abra usted el pecho a su mejor amiga, cuénteme lo que le pasa.

—Sí, tiene usted razón Lia, gracias a Dios, ya he encontrado un alma caritativa que me compadezca y me comprenda; si Lia, va usted a oír mis dolores hasta los secretos más profundos que en él se encuentren.

Y después de una breve pausa, continuó en esta forma:

A raíz de terminados mis estudios, los condes de B. organizaron una fiesta con motivo de la onomástica de la condesa; en uno de los días en que se celebraba una jira campestre a la cual asistimos ambos; vi una joven de 17 a 18 años, de regular estatura, simpática belleza, talle esbelto y gentil, de ojos vivos y habladores, de faz simpática, terminada por una linda cabellera que rizada caía sobre sus hombros haciendo que su hermosura resaltase más y más.

En el primer momento de ver aquella seductora imagen envuelta entre nube de gasas, lo confiesa aquella frívola criatura, causó en mi ánimo un efecto singular; al principio pareció serme muy antipática; me pareció tener uno de esos caracteres intransigentes y altivos; mas luego la dulzura de su voz, sus ademanes, su correcta elegancia, todo, contribuyó a que poco a poco, fuera obrándose en mí un completo cambio y me fué pareciendo por momentos mucho más simpática y mucho más bella, y por último, supo con sus miradas ardientes encender en mi pecho una pasión frenética, de esas que jamás se extinguen.

Aquí viene lo más penoso: recordará usted que la citada fiesta fué próximamente hace ocho o diez meses; bueno, pues desde esa fecha, he visto en los salones a esa encantadora belleza, muchas, muchísimas veces, y a usted le chocará

que latiendo mi corazón a impulsos del amor profundo que la profeso, no la haya dicho aún el sentimiento que domina mi alma.

—No, porque cuando usted no lo ha hecho, y sufre en silencio, motivos tendrá para ello.

—Sí, motivos y muy poderosos. Figúrese usted Lia, ya tiene un futuro marido a quien quiere y él la corresponde; cómo voy yo a hablar a esa mujer, cuando sé que su corazón es de otro y a mí no me podrá amar nunca.

—Comprendo sus reparos, pero y si no fuese verdad y a pocas palabras suyas ella accediese a lo que usted la propusiera ¿quién sabe si por celos?

—Por celos dice, no, no puede ser, cómo iba ella a hablar de él de... por darme celos a mí, a mí que no la he hablado nunca de amor; cómo iba a saber ella que la quiero, si no lo he dicho nunca a nadie.

—No, eso no, porque especialmente las miradas de los enamorados, son el fiel espejo del alma, puede que más elocuente que sus palabras y sus acciones.

—Esas palabras que usted pronuncia son como bálsamo misterioso, que alivian mi mal, pero yo quisiera ver a ese hombre, a él, que no lo conozco, nada más que por el nombre, y que sin verle, me es antipático, muy antipático.

—Andrés, una pregunta. En todo lo que hemos hablado no me ha dicho usted el nombre de su rival, del que ella adora, es una curiosidad ¿podría satisfacerla?

—¡Oh, no, no puedo decirselo! perdone usted Lia, pero no puedo y a usted menos, a usted que es... Y al pronunciar esa palabra se quedó como anonadado; ella bajó la cabeza y añadió en voz queda estas palabras: —«Me lo presumía».

La orquesta preludiaba en aquellos momentos un vals y Andrés, para terminar aquella situación embarazada para los dos, la dijo:

—Lia, si fuera usted tan amable que fuera mi pareja en este vals, se lo agradecería con toda mi alma.

Ella, por toda contestación, se levantó del asiento que ocupaba y tomando el brazo de Andrés, echó a andar. En silencio fueron hasta el salón, después bailaron, sí, pero por un vals muy soso le faltaba el aliño de la animada conversación que las parejas sostienen. Después de lo que habían hablado, creían haber llegado más allá de lo necesario y ninguno se atrevía a proferir palabra.

Terminado el vals, al dar quizá la última vuelta, del pecho de Lia se desprendió una flor; él la recogió para entregársela, pero ella no la admitió: «Guárdela usted» dijo, al par que le dirigía una prolongada e insinuante mirada, mientras con otras amigas desaparecía.

El se fué de nuevo al jardín para aspirar el aroma embriagante de aquella flor

que le devolvió a la mujer que tanto tiempo estuvo adorando en silencio.

A. VILA.
«El Divino»

YO ME ARREPIENTO

A las simpáticas señoritas E. R., J. V., y M. P., en prueba de arrepentimiento por mis versos titulados «El Matrimonio».

Apreciables señoritas:

Les declaro que he sentido hablar mal del matrimonio, porque me habéis convencido de que es ese mandamiento por excelencia bendito; y como me han demostrado que no es cierto lo que digo en mi anterior opinión, contrito y arrepentido yo les pido mil perdones, pues lo que dije es un mito; de todo lo que escribí, me retracto y me desdigo; que el matrimonio es sagrado estoy ya muy convencido, y que el casarse, sin duda es la mar de divertido, y el hombre que no se casa resulta un solemne primo; todo aquel que esté soltero debieran de darle un tiro. Por lo tanto, me resulta que el ya casarme es preciso, y en eso estoy obstinado, y con gran certeza digo que he de buscar al momento a quien se case conmigo; y si no encuentro mujer, me va a resultar preciso que busque un Guardia civil que quiera pegarme un tiro, porque prefiero morir antes que el atroz suplicio de permanecer soltero, y en esto me ratifico.

ZERAUS.

Cortas biografías de Conquenses Ilustres

II

Fray Luis de León: natural de Belmonte, nacido en 1527, fué Agustino y catedrático en Salamanca. Cuando ejercía este cargo fué condenado por el Tribunal de la Inquisición, con pretexto de haber traducido al español del hebreo directamente «El Cantar de los Cantares» de Salomón y estando encarcelado durante cinco años, al ser puesto en libertad y reintegrado a su Cátedra, reanudó las clases con la frase: *Decíamos ayer...*, como olvidando los sufrimientos y los malos tratos recibidos y perdonando a los que tan mal se portaron con él.

En sus soledades, admira con dulce éx-

tasis la naturaleza y ella le inspira las más bellas composiciones, admira la grandeza de Dios, su bondad y amor purísimos y su mano llevada como por la del Eterno Padre, escribe en letras de oro para nuestra Literatura, obras inimitables llenas de amor para el Supremo Hacedor.

De entre sus obras, joyas serán siempre de la Literatura española: sus Odas «A la vida del campo», «A la Ascensión del Señor», «La profecía del Tajo», entre los místicos, «La perfecta Casada», su obra más amena «Los nombres de Cristo», en la que examinó Teológica, Lógica y moralmente, los nombres que comunmente suelen dársele a Cristo, «Exposición al libro de Job» y otras muchas, que sería imposible enumerar, dan a Fray Luis de León el carácter de gran poeta y no solo en él podemos contemplar los dotes literarios, sino que también se distingue como orador elocuente y como filósofo profundo.

Y terminemos ensalzando las glorias de nuestro esclarecido paisano dando a conocer un trozo, quizás el más inspirado de la mejor de sus obras:

LA VIDA DEL CAMPO.

¡Oh, monte! ¡Oh, fuente! ¡Oh, río!
¡Oh, secreto seguro, delicioso!
Roto casi el navío
a nuestra alma reposo
haya de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre, quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.
Despiértame las aves
con su cantar sabroso, no aprendido;
no los en dados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin festigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

A mi una pobrecilla,
mesa, de amable por bien abastada,
me basta; y la vajilla
de fino oro labrado
sea de quien la mar no teme airado.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

R X O = Y - O

(Continuará)

VIAJE FELIZ

Yo conocí a una morena linda, graciosa, gentil, con negra y suave melena y lindos ojos de huri. Ojos que, si se entornaban mirando con languidez, al mirado transportaban al más encantado edén. Yo, al verla cruzar airosa bailando por la amplia sala, pensé, cual la mariposa, en libar de aquella dalia; y a los primeros acordes de un vals (por mi mala pata), la ofrecí el brazo, y de amores al punto comencé a hablarla; y ella, entre ruborizada y risueña al mismo tiempo, me dijo con voz velada: «Yo de esas cosas no entiendo...» Y sus soñadores ojos de tal modo me miraron, que un beso en sus labios rojos los míos depositaron. Y entonces ella, cohibida y cubierta de rubor, me dijo: «Parta enseguida, sin dilación, por favor.» Y cuando al día siguiente el tren conmigo partió, su imagen, fija en mi mente, al pueblo me acompañó. Desde entonces... fué mi pena linda, graciosa, gentil, con negra y suave melena y bellos ojos de huri.

MANUEL NUÑO FERNÁNDEZ.

Loranca del Campo.

Alegrías estivales

—¡Vamos Manolo, ámate!
—No puedo, Pepe; me hastian las verbenas en Cuenca.
—¿Has dicho que te hastian? ¡Bah! Tú no has visto a tu pueblo convertido en un segundo Madrid, en estos días.
—Sí, dime a mí lo que es esto. Allá, en la capital de España y que tú comparas con Cuenca, en aquella filarmónica villa, es donde existen las verbenas. Mira, recuerdo yo una de ellas, por los primeros años de mi carrera, que abatido por mi mala suerte en la última asignatura del curso y no encontrándome con gusto para pasar entre los amigos la noche, que según ellos, había de rebosar de alegría en uno de aquellos barrios, me dispuse a regresar. Salí de casa para hacer unas compras, y ya en la calle, cuando no hube andado diez pasos, vi venir en dirección contraria a la que yo llevaba, dos morenas amigas mías: cortésmente nos saludamos, cruzándose breves palabras por las que quedaron enteradas de mi viaje.

Ya, debía esperar, y pasar la noche de verbena con sus camaradas.

Ante aquellas muchachas, sin saber por qué—pues hay tanto de indefinible en ciertos estados psíquicos—y al observar que hacían un gracioso esguince de indiferencia o resignación, yo, invadido por una especie de alegría continué charlando de la fiesta, y amigo Pepe, excuso decirte, que ya no me acordé del viaje.

Cuando terminó la cena, y levantáronse los mauteles, volví a la calle. Hacía una hermosa noche, limpia, clara, estrellada. A la luz de la luna que espléndida brillaba, pude observar aquellos cuerpos graciales, aquellas hermosas madrileñas que envueltas en el clásico mantón y despidiendo un perfume exótico, llevaban tras de sí a jóvenes de buen humor. Aquella alegría me ilusionaba llegando al colmo de la emoción cuando sentí las vocécitas de mis simpáticas amigas que me decían: ¡Manolo! A la verbena.

—Bien, todo eso, está muy bien; pero dispensa que te diga, por lo que veo, tú también eres de esos que desconociendo lo de su patria tienen demasiada afición a lo extranjero.

—No, eso no.

—Bueno, mira, aun cuando solo sea un rasgo de galantería, nuestras coterráneas son las que más me gustan. Ya comprendo, por lo que terminas de referir, que aquellas muchachas son... más atrevidas y logran hacer simpáticos todos los actos de la vida; pero, es que a tí no te agrada encontrarte entre unas cuantas rosas de este delicioso paraíso, que despidiendo un aroma propio de este jardín, enloquece. Quién no ha pasado por esas huertas y vergeles; quién en una noche de San Antonio, no ha gozado de las delicias que ilusionan al pie de aquellos murallones cubiertos de vegetación parásita donde la hiedra y los helechos dominan de tal modo, que todo queda cubierto de un verde profundo; aquél que no ha sentido en una tarde de San Juan el rasqueo sentimental de las cuerdas de una guitarra y la voz de una serrana y el trino del ruiseñor, desconoce el placer causado en una verbena. Pero... dejemos esto que es encanto de propios y extraños y ahora, vente a la «Ventilla» que ya se sienten los cobetes anunciando la fiesta.

¡Pepe!

—¿...?

—¡Caramba! ¡Qué te he de decir! ¡Que esto es gloria! Y ahora, lo que espero, que se animen tus santiaguistas, y puedes contar con un individuo más, de los muchos que aplauden el buen gusto de la juventud conquense.

MEÑIQUE.

Domine non sum dignus

No te extrañes, Señor, de que se eleve tan confusa mi voz; mis labios pega al rostro mi temor, tanto, que ciega mi vista el polvo que mi aliento mueve.

No te retires más de quien se atreve solo a tus blandos pies y arrastras llega: si aquí tu amor el ósculo me niega, dudo que un paso más mi amor me lleve.

¡Si no pido tu rostro soberano!
Sólo que, según va de peregrino
tu pie por estos valles, sea humano:

y sin parar su caminar divino,
no quiera desdeñarse de un gusano
que te aguarda entre el polvo del camino.

ANTONIO BURRIEL MUÑOZ,
de la A. C. N. de P.

Madrid, 4-6-917.

AMENIDADES

—¡Caballero—deme Ud. un perro chico, que no he comido aún!

—Ni yo tampoco.

—Entonces, deme Ud. dos... y comérmolos juntos.

—Está Ud. más gordo que instruido.

—Lo creo; pero esto ocurre porque quien me da de comer es mi padre, y quien me instruye es usted.

—Confiesa que si te casas es porque la chica tiene dos millonajos.

—No, en verdad; me caso enamorado. Aunque no tuviese más que un millón, haría lo mismo.

—Con un valdero viejo se compra otro nuevo. Se aplica a los mozos y mozas que se casan con viejas con el fin de heredarlas.

Quien bien quiere, tarde olvida. El cariño o amor verdadero, no lo alteran las contingencias del tiempo ni otras circunstancias, quedando siempre vivo.

Imprenta de "El Día de Cuenca."

Esperanza Ruiz

BORDADORA

Se hacen toda clase de labores de bordado, tanto en blanco como en color.

Alonso de Ojeda, 18

... (principal) ...

: CUENCA :

Colegio de San Carlos

Primera y Segunda Enseñanza

Quince de Julio, 25.—Cuenca

DIRECTOR

D. Lorenzo Fernández Calderón

Correspondiendo al incesante favor de los padres, este establecimiento ha adquirido un hermoso edificio que reúne todas condiciones de capacidad e higiene que pueden exigirse.

En este edificio y accediendo a los requerimientos de algunos padres, se establece desde primero de enero un internado donde los alumnos, además de la enseñanza, ya de todos bien conocida, recibirán una alimentación sana, abundante y nutritiva.

También se crea media pensión.

La educación moral y religiosa está a cargo de un ilustrado sacerdote.

Relojería

— DE —

Enrique Monjas

7, MARIANO CATALINA, 7

Esta casa ofrece a su numerosa clientela, y a precios sumamente baratos, las mayores novedades en relojes de pared, bolsillo y pulsera. También en cadenas chapadas, plata y níquel, para señoras y caballeros. Composturas a precios grandemente módicos, garantizándose todas ellas.

Se graban toda clase de objetos



ESTA ES LA MEJOR

SOMBRERERÍA

Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22

CUENCA